COMEDIA NUEVA.

EL SITIADOR SITIADO, Y CONQUISTA DE STRALSUNDO.

CARLOS DOCE, REY DE SUECIA.

TERCERA PARTE.

ESCRITA POR DON GASPAR ZAVALA y Zamora.



CON LICENCIA:
MADRID: EN LA IMPRENTA DE GONZALEZ.
MDCCLXXXVII.

COMEDIA.

EL SITIADOR SITIADO,

Y CONQUISTA DE STRALSUNDO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Carlos Doce, Rey de Suecia, hermano de....
Ulrica, prometida esposa de...
El Príncipe de Hese, Generalísimo de los Suecos.
El Varon de Goerts, Ministro de Carlos.
Duker, Gobernador de Stralsundo.
Mr. Colvert, Embaxador de Francia á *Carlos.*
Reychel, Coronel Sueco.
Un Oficial Sueco, confidente oculto de...
El Conde de Vakerbat, General de los Saxones, y confidente de...
Guillermo, Rey de Prusia, amante de Ulrica, y enemigo de *Carlos.*
Kepel, Teniente de Prusia.
Cloarda, confidenta de Ulrica.
Un Criado de Goerts, *una Muger*, *un Soldado*, *un Artesano*, *y un Labrador. Soldados Suecos*, *Saxones*, *y Daneses*; *acompañamiento de Damas.*

La Scena en Stralsundo y su campo en el año de 1715.

ACTO PRIMERO.

La Scena se supone abrir al amanecer: apo-

sento de Goerts, con chimenea á la izquierda, y una silla con algunos pares de zapatos: sale Carlos y Colvert.

Carl. ¿Y Bien, Monsieur, te parece
que Guillermo ha de rendirnos
tan facilmente?

Colv. Yo sé
que Guillermo y Federico
son dos Reyes poderosos,
y bien astutos caudillos.
Sé que en persona vinieron
los dos á poner el sitio
á Stralsundo, y que no creo
se vuelvan sin conseguirlo.

Carl. Bueno, Conde; si ellos antes
supieran que Carlos mismo
la guarda, seguro está
que se hubieran atrevido.

Colv. ¡Ah, Señor, que vuestro grande
corazon y noble brio
os engañan! La fortuna
contraria á vuestro partido
se declaró ya hace dias.

Carl. ¿Y quién jamas caso hizo
de una muger? Yo, Colvert,
nunca fié de caprichos
de su sexô, y mi desprecio
vengar así habrá querido;
pero no hará que por eso
dexe de ser su enemigo.
Hoy pienso con mis leones

salir contra Federico
y Guillermo, hasta arrojarles
de todos estos dominios.
Dame consejo, Colvert,
¿crees tú que conseguirlo
podré?

Colv. No señor.

Carl. Yo sí.

Colv. Diez mil Prusianos he oido
que traen, y veinte mil
Daneses.

Carl. ¡Oh, yo he vencido
con ocho mil Suecos solos
al Czar de Moscovia mismo
con mas de cien mil Prusianos!
En vender he defendido
mi casa, con treinta Suecos,
de quarenta mil altivos
Turcos, y su artilleria.

Colv. Eso la fortuna lo hizo,
Señor.

Carl. Monsieur basta: yo
y mis Suecos defendimos
la casa; solos nosotros
al Moscovita vencimos,
que nos sobra la fortuna
para tales enemigos.

Colv. Me lastiman los trabajos
que en Turquia ha padecido
vuestra Magestad; por eso
dixe::-

Carl. Bueno : en un castillo
me tuvo Aemet ; pero al fin
yo logré el intento mio,
y á no lograrle , protesto
que todo el Imperio unido
de Turquia no bastára
á echarme de sus dominios.
Sale el Príncipe. Gran Señor , en este instante
me ha comunicado aviso
Reychel , que en esta mañana
llegará , con el hechizo
de Ulrica , á Stralsundo.
Carl. Bien.
Será en este dia mismo
vuestra muger , y mañana
á ahuyentar al enemigo
saldremos ; Príncipe , oís.
Princ. Gran Señor::-
Carl. Un mes marido
sereis de mi hermana , y once
cada año lo sereis mio
en campaña.
Princ. Ved que::-
Carl. ¿No?
pues no os caseis. Hei. *sale un criado.*
Criado. ¿Qué miro?
el Rey es.
Carl. Dí , ¿y tu señor?
Criado. Vistiéndose : iré al proviso::-
Carl. No vayas , mas dile luego
que á las trincheras he ido.

Acér-

Acércase á la chimenea, y arroja á ella todos los zapatos.

Ven Colvert. Yo haré á estos viejos *ap.*
que calcen al gusto mio. *vanse los tres.*

Colv. Ya os sigo.

Princ. ¡Rara entereza!

Criado. ¡Estraña idea!

Sale Goerts. Fabricio,
qué edor á cuero::-

Criado. Señor,
el Rey este instante mismo
se fue de aquí, y::-

Goerts. ¿Por qué, necio,
no me avisaste?

Criado. No quiso
su Magestad. Solamente
me mandó al punto deciros
que en las trincheras espera:
y arrojando de improviso
en la lumbre unos zapatos
que sobre esa silla ha visto,
partió.

Goerts. He aquí un Rey con quien
es fuerza que hasta un Ministro
haya de ir siempre embotado.
Ven, ven al punto, Fabricio,
y me pondrás unas botas,
que aunque con ellas camino
disgustado, el Rey lo quiere,
y obedecerle es preciso. *vanse los dos.*

Telon de selva, y salen Guillermo y Vakerbat.

Guill. Vakerbat, estoy absorto
de ver el notable esfuerzo
con que Stralsundo resiste,
sin rendirse, el vivo fuego
de las baterias nuestras.

Vakerb. Señor, el heroyco aliento
de Carlos, y su rigor,
hizo fuertes á sus Suecos,
tanto, que el menor Soldado
mira con el menosprecio
mismo que su Rey, la vida
tan amable á todo el resto
de los hombres.

Guill. Ya sé, Conde,
que ese rasgo de despecho
les hace quasi invencibles;
pero brevemente espero
que hallen todos sepultura
en Stralsundo, si soberbios
no se rinden á partido.
Ya vió Carlos el funesto
fin de Rugen, reducida
por las armas de Guillermo
á cenizas. Aun humean
sus chapiteles excelsos
hoy, y tal vez la memoria
de este pavoroso encuentro
ablandará su soberbia
condicion; si no, protesto,

que

que aunque diez años el sitio
fueran capaces los Suecos
de resistir, los diez años
constante, firme y resuelto
le mantuviera, hasta tanto
que á la violencia del fuego
de nuestras almas cayesen
sus torreones soberbios.

Vakerb. El aviso que hoy me envia,
gran Señor, en este pliego
el Oficial que os he dicho,
que yo en Stralsundo tengo,
nos facilita el asalto
tal vez con muy poco riesgo.

Guill. A ver.

Dale Vakerbat un pliego, y Guillermo lee.

»Por si puede importar á V. E. este aviso, »sepa, que como el mar Baltico no tiene »fluxo ni refluxo, quando soplan con vio- »lencia los vientos de Occidente, menguan »las aguas del mar hácia Oriente, tanto, »que solo quedan tres pies de profundidad »hácia el atrincheramiento, que cree V. E. »cubierto de un mar impracticable. Apro- »véchese de esta noticia, pues lo desea »quien siempre le sirvió fiel.

Repr. Gull. En efecto, puede
servirnos mucho, si es cierto
este aviso: y así, Conde,
harás experiencia de ello,

en la primera ocasion,
y::-

Dent. Kepel. Mueran los viles Suecos
si sé defienden.

Reychel. Muramos
con honor.

Sale acuchillada Ulrica de algunos Saxones, y tras ella Reychel, y algunos Suecos, retirándose de Kepel y Daneses: Guillermo y Vakerbat van á entrar con las espadas desnudas; y al verlos contiene á los suyos.

Guill. Tened: ¿qué veo?
Villanos ¿á una muger
acosais tan desatentos
de ese modo? ¿no os afrenta
el emplear vuestro esfuerzo
en una beldad? yo os juro
por ese azul firmamento,
que si viera con su sangre
manchados vuestros aceros,
verteria tanta el mio
de vuestros villanos pechos
ahóra, que::-

Kepel. Señor::-

Guill. Huid,
huid de mi vista presto,
y en vuestra vida volvais
á cometer un exceso
tan bárbaro, contra todas
las leyes que os dió Guillermo.

Ke-

Kepel. Señor, que templeis las iras,
y que me escucheis os ruego.
Su Alteza, que es (segun supe
despues) hermana de nuestro
enemigo, acompañada
de algunas Damas, y Suecos,
quiso vencer la calzada
que guardaba de orden vuestro
yo, con algunos Saxones;
quise estorvarlo, cumpliendo
con mi cargo, y empeñados
todos, al punto vinieron
á las armas: pero como
eran tan pocos, sin riesgo
de nuestras vidas pudimos
retirarles al momento
hasta aquí: si en esto erramos
que nos perdoneis espero. *arrodíllase.*
Guill. Alza, Kepel, y otra vez
si os mirais en tal empeño::-
Kepel. ¿Qué haremos, Señor?
Guill. Matar
cruelmente á quantos Suecos
os hicieren resistencia,
y obedecer los preceptos
de una hermosura, guardando
sus gallardos privilegios.
Kepel. Está bien.
Guill. Y porque enmiende
la cortesania el yerro
que cometió tu imprudencia,

Va-

Vakerbat, parte al momento
con estos Suecos, y espera
en mi tienda: todos ellos
gozarán hoy por su Alteza,
del indulto, y del obsequio.
Partid: ninguno se atreva
á insultarlos y ofenderlos
hoy, si no pretende hallar
en mis iras su escarmiento. *vanse todos*
Y vos perdonad, Señora, *menos Ulrica.*
el inadvertido exceso
de mis Saxones. Amor, *ap.*
¡qué hermosa muger!
Ulric. ¡Qué atento *ap.*
y qué galan es! Señor,
la ira de Marte sangriento
nunca supo entre enemigos
atender algun respeto.
Guill. Perdonad que os contradiga,
que Marte sañudo y fiero,
siempre á los ojos de Venus
trocó en caricias su ceño.
Ulric. ¡Ah, tambien aquí lo hicieran
aquellos Soldados vuestros,
si fueran mis ojos hoy
lo que los de Venus fueron.
Guill. Ojos, Señora, que matan
tan cruelmente risueños
á quien os mira, creed
que de Venus pueden serlo.
Ulric. Rendido estais::- No me pesa. *ap.*
Guill.

Guill. Vos teneis la culpa de eso.
Ulric. ¿Yo?
Guill. Sí, pues vos me rendisteis,
sin que pudiera mi pecho
resistirse: pero ¿cómo
resistiria yo mesmo
el rendirme, si en rendirme
hallaba tanto recreo?
Ulric. ¿Qué decís? ¿Sabeis quién soy? *con entereza.*
Guill. Mi mas absoluto dueño.
Ulric. No me entendisteis.
Guill. Vos sí,
que no quereis en efecto
entenderme.
Ulric. No quisiera:
pero por fuerza os entiendo.
Guill. ¿Por fuerza?
Ulric. Sí.
Guill. ¿Quién os la hace?
Ulric. No sé: solo sé que siento
en mi corazon::-
Guill. ¿Qué?
Ulric. Nada.
¡Ya iba á despeñarme, Cielos! *ap.*
Guill. Pese á mí: pero ya Ulrica
seais ó no á mis extremos
agradecida, pues dixe
que adoro rendido y ciego
vuestra hermosura, una prueba
de mi amor daros intento.
Conde.

Ulric.

Ulric. ¿Qué intentais?
Guill. Privarme
aun del bien que gano en veros,
por no veros disgustada:
á vuestro hermano pretendo
entregaros.
Ulric. ¡Ay Ulrica
que van ya mucho rindiendo *ap.*
sus nobles prendas! Creed
que vuestra accion en mi pecho
grangeará::-
Guill. ¿Qué, Señora?
Ulric. Un fino agradecimiento.
Guill. Dichoso seré.
Ulric. ¿Por qué?
Guill. Porque con razon sospecho
que quien dice que agradece
no está de querer muy lexos.
Ulric. ¿Y en que yo os quiera consiste
que seais dichoso?
Guill. Es cierto.
Ulric. Pues digo que::-
Sale Vakerb. Gran Señor
á saber qué mandas vengo.
Guill. Espérate. ¿Qué deciais?
Ulric. Que esperan.
Guill. Con razon creo
que ibais á darme una dicha,
pues á estorvarlo vinieron.
Ulric. Decoro mucho te rindes *ap.*
sin mirar quién es tu dueño.

Va-

Vamos, Señor.
Guill. Alma mia,
¡qué hermosa es!
Ulric. ¡Qué discreto,
y galan!
Guill. Y en fin, Señora,
¿en qué quedamos?
Ulric. Que el tiempo
os dirá quanto yo callo,
porque lo quieren los Cielos.
Guill. ¿Y no habeis de hablar vos?
Ulric. No.
Guill. ¿Y si yo inquirirlo puedo?
Ulric. No lo sepais vos de mí,
y de quien querais sabedlo.
Guill. Si á nadie lo revelais,
¿cómo he de poder saberlo?
Ulric. Como lo que yo no digo
os dirá::-
Guill. ¿Quién?
Ulric. Mi tormento.
Guill. ¿Eso es amor?
Ulric. Esto es::-
Guill. ¿Qué?
Ulric. Dexadme ya, Guillermo.
O mal haya amen quien me hace *ap.*
vivir callando y sufriendo.
Guill. Declarad::-
Ulric. Sois enemigo
de mi hermano.
Guill. ¿Y á no serlo?

Ulric. Entonces yo::-
Guill. ¿Qué? decid.
Ulric. Guardára el mismo silencio.
Guill. ¡Qué tormento! *ap.*
Ulric. ¡Qué rigor! *ap.*
Guill. ¡Qué pena! *ap.*
Ulric. ¡Qué sentimiento! *ap.*
mirad que esperan, Señor.
Guill. Vamos pues: paciencia Cielos.
Ulric. Siempre moriré callando.
Guill. Viviré siempre muriendo.
Ulric. Y así mientras á mis penas
quiere dar alivio el tiempo::-
Guill. Y así en tanto que mis males
hallan en tí algun remedio::-
Los dos. Amor, pues me ves amar
alivia mis sentimientos. *vanse.*

Levantan el telon, y aparece todo el frente ocupado por un montecillo de poca altura: sobre él á la derecha habrá una calzada: al frente estarán haciendo varios Suecos unas trincheras: y á la izquierda otros levantando una muralla, entre ellos se verán trabajando Carlos Doce sin sombrero ni espada, la cara y el vestido cubierto de polvo, y con él el Príncipe y Goerts. Los bastidores serán de selva, habiendo al frente en el pie del monte un árbol caido, y á la derecha un peñasco. Despues de los primeros versos saldrá Colvert.

Carl. Hijos vamos reparando
lo que nos va destruyendo

el enemigo, que es solo
el modo de defendernos.
Labrando estamos cada uno
un eterno monumento
de nuestro valor. Admire
hoy en nosotros Guillermo
un ánimo superior
al peligro en que nos vemos.
Goerts. ¿A qué Soldado, Señor,
no le será placentero
el trabajo, quando vee
á su Soberano mesmo
deponer la Magestad
de ese modo? ¿Quién, en viendo
que por el bien de la Patria
empuñan el instrumento
grosero de un azadón,
aquellas manos, que el cetro
regian, no ha de abrazar
el trabajo mas molesto
como dulce?
Carl. Qualesquiera,
como no fueran mis Suecos.
Sale Colv. Señor, ¿qué haceis? vos::-
Carl. Monsieur,
hago lo que me han deshecho
mis enemigos, porque
se diviertan hoy de nuevo:
abran ellos con metralla
en mis muros agugeros,
que para taparlos yo

harta cal y canto tengo.

Colv. Pero vos, Señor, mandarlo
pudierais solo.

Carl. Muy bueno:
y dí, ¿qué gloria tendria
mi valor, quando los tiempos
aplaudieran la defensa
de Stralsundo?

Colv. ¿Qué? el gobierno
de un Rey::-

Carl. Monsieur, en la paz
empuña el Monarca el cetro
para gobernar, y en guerra
la pica y el duro acero
para matar enemigos.
Esto hacer puede el que es bueno
solamente, pero aquel
que desea ser perfecto,
y que lo sean sus hijos,
lo que quiera que hagan estos,
hágalo él antes, que puede
mas que el mandato, el exemplo.
El Rey debe contemplarse
Rey, para poner el freno
debido al delito, y dar
á las virtudes el premio
solamente: para todo
lo que es abrazar el riesgo,
y el trabajo, á que la sola
conservacion de sus Reynos
fuerza á sus vasallos, entre

él

él en la cuenta el primero.
Pero Monsieur, pues tú aquí
no haces nada de provecho,
dexa á lo menos que yo
no malgaste tanto tiempo.
Colv. Yo tambien::- *buscando en que trabajar.*
Carl. Sí, sí; Monsieur,
coge un pico, y abriremos
los dos una cortadura.
Colv. Fuerza será hacerlo. *ap.*
Carl. Bueno:
pues cerca de mí estar quiere, *ap.*
yo haré á trabajos su cuerpo.
Se dirigen los dos á la muralla, y sale por la calzada el Oficial.
Oficial. Señor, del campo enemigo
ha llegado este momento
á la avanzada, de parte
de Federico y Guillermo
un Embaxador: Duker,
que le conduce á este puesto,
me mandó daros aviso.
Carl. Dí que llegue.
Oficial. Ya obedezco. *vase.*
Carl. Príncipe, Goerts, Monsieur,
baxad conmigo, y supuesto *Baxan y se*
que ese vendrá á pretender *sientan en el*
que á discrecion entreguemos *árbol caido.*
esta Plaza, discurramos
lo que resolver debemos.
Príncipe, ¿qué te parece?

Princ. Señor, que atendiendo al riesgo
en que estamos, si prosiguen
como es regular el cerco,
con las capitulaciones
mas ventajosas les demos
la Ciudad.
Carl. ¿Y á tí, Monsieur?
Colv. Señor, si por el afecto
con que me han hecho miraros
siempre las honras que os debo,
habeis de creer lo mucho
que en vuestro bien intereso,
por mí, y por mi Rey invicto
Luis catorce (á quien el Cielo
prospere, y en cuyo nombre
asisto hoy al lado vuestro)
os suplico que mireis
por vos en este momento.
Con unos pactos honrosos
soy de dictamen que luego
deis la Plaza al enemigo.
Carl. ¿Y qué dice Goerts de esto?
Goerts. Señor, si acaso mis canas
merecen que hagais aprecio
alguno de mi dictamen,
solamente os aconsejo
que depongais por ahora
vuestra entereza, y al tiempo
y la situacion cedais.
Vos podeis tener por cierto
que ha de rendirse la Plaza,

ó han de ser de tantos Suecos
animosos sepultura
sus edificios soberbios.
Vos, gran Carlos, no querreis
sacrificar indiscreto
sus vidas, por seguir hoy
el noble impulso del genio
y valor que os precipitan:
con que si es fuerza que luego
os rindais á discrecion
del enemigo, contemplo
que es mejor rendiros ahora
con los pactos lisongeros
y honrosos, que con mi astucia
grangearos hoy prometo
del enemigo. Yo sé
que Federico y Guillermo
están, Señor, empeñados
en haceros prisionero
de sus armas, y si vos
obstinado en defenderos
estais, han de conseguirlo
sin duda, pues en efecto
de sus armados bageles
el mar Baltico cubierto,
y cercada la Ciudad
de un Exército soberbio,
habeis de morir en ella,
ó habeis de entregaros preso
con la guarnicion. Yo miro
que no os queda otro remedio

que tratar de ajuste. Vos
dispondreis, en el supuesto
de que si quereis morir,
todos con vos moriremos
alegres, ó resignados;
pero porque en ningun tiempo
diga el mundo, que Goerts
no supo, buen Consejero,
apartaros del peligro,
aquí ante todos protesto
que debeis, Señor, rendiros,
sin que se pase mas tiempo.

Carl. Príncipe, Conde, Varon,
¿no hay otro arbitrio en efecto
que entregar la Plaza?

Los tres. Yo
á lo menos no le encuentro.

Carl. Pues porque sepais hoy quánto
aprecio vuestros consejos,
venid: y en tanto que yo,
Príncipe, templado, y cuerdo
doy oido á la embaxada,
haz que se dispongan luego
las tropas, que hoy atacar
al enemigo resuelvo.

Los tres. Señor::-

Carl. Lidiemos ahora,
que despues nos rendiremos. *suben á la calzada.*

Goerts. Ciertamente que han sacado
buen fruto tantos consejos. *ap.*

Colv. ¡Qué genio tan inflexîble!

Princ.

Princ. Aunque estraño tal arresto,
antes de oir la embaxada
á replicar no me atrevo.

Acaban de subir, pónense á trabajar, menos el Príncipe que se entra por detrás de la muralla: salen por el pie del monte á la izquierda Guillermo y Duker.

Guill. La admiracion que me causa
el ver que en el duro cerco
en que está Stralsundo, no haya
Carlos tratado á lo menos
de ajuste, me da osadia,
Señor Oficial, de haceros
una pregunta. ¿Discurre
quizás vuestro Rey soberbio
que es inexpugnable, ó piensa
que Federico y Guillermo,
cuyas personas tan solo
á conquistarla vinieron,
han de levantarla el sitio,
porque vean en los Suecos
tal resistencia?

Duker. Jamas
confia á alguno mi dueño
sus ideas, ni nosotros
inquirirlas pretendemos.

Guill. Pero viendo sus vasallos,
á la violencia del fuego
que arrojan sus enemigos,
sus alcázares deshechos,
arruinadas sus murallas,

y cercanos todos ellos
á ser pasto del furor
de su enemigo sangriento,
¿no se sublevan?
Duker. Prusiano,
nosotros obedecemos
al Rey, sin ver si son justos,
ó no lo son, sus preceptos,
Y como su Magestad
es quasi siempre el primero
que va á buscar los peligros,
ninguno evita los riesgos.
Guill. Solo él logró esos vasallos.
Duker. Solo nosotros tenemos
tal Rey: un buen Rey, Prusiano,
hace los vasallos buenos.
Guill. Bueno es Carlos; pero al fin
arruinaron el Reyno
sus caprichos.
Duker. Como suyo
podia muy bien hacerlo.
Guill. Ved::-
Duker. No soy Legislador.
Llegad.
Guill. Ya yo os voy siguiendo.
Dichoso Carlos, si tiene
muchos Soldados como estos.
Repára en ellos Carlos: le dan la espada y sombrero, y baxa acompañado de Goerts y Colvert.
Carl. Por no tardar en oir

tu

tu embaxada, en este puesto
te recibí.

Guill. Qualquier sitio
para mi intencion es bueno.

Carl. Dí, pues. *siéntase en el tronco.*

Guill. Antes que á tratar
de mi embaxada pasemos,
recibe un rico presente
de la parte de Guillermo.

Carl. Si intenta con él acaso
persuadirme, yo le vuelvo
á su mano.

Guill. Porque veas
quanto agraviaste su esfuerzo
y valentía, el presente
es este.

Hace una seña, y salen Kepel, y algunos Prusianos acompañando á Ulrica, Cloarda, Damas, Reychel, y Suecos.

Carl. ¡Qué miro, Cielos!
Ulrica.

Ulric. Hermano.

Guill. Guardad
para despues los extremos;
y sabe, que aunque comprar
pudiera á Stralsundo, á precio
de la libertad de Ulrica,
quiere que sea el trofeo
mas digno, y solo ganado
por su valor y denuedo.
Libre la vuelve á tus ojos,

con

con las Damas y los Suecos
que miras: el dón admite,
y te diré á lo que vengo.

Carl. Detente, que si ha pensado
excederme á mí Guillermo
en heroycidad, se engaña:
él, porque no diga el tiempo
que el tener consigo á Ulrica
le hizo mostrarse soberbio
conmigo, la envia libre
antes de decir su intento;
y yo, porque él no presuma,
que el ver fuera ya de riesgo
á mi hermana, responderle
me hizo con tanto desprecio
á su embaxada, no admito
su presente lisongero,
hasta saberla: y así
toma, Prusiano, ese asiento,
y dila.

Guill. Advierte::-

Carl. Dí, ó parto. *en ademan de levantarse.*

Guill. Sí haré pues, escuchad: el gran Guillermo
de Prusia, y el Augusto Federico
de Dinamarca, cuyos nobles pechos
aman vuestro valor, por mí os intiman
que antes que cubra con su obscuro velo
la noche al dia, les rindais la Plaza,
y desarmados quantos fuertes Suecos
hoy la defienden, de la Pomerania
se retiren al punto, y vos con ellos;

pues

pues si así no lo haceis, será tan vivo,
tanto, y tan continuado el voraz fuego,
que vomite su fiera artilleria
sobre Stralsundo, que antes de un momento
no quedará edificio que no sea
ceniza hoy, si ayer torreon soberbio.
En fin::-

Carl. Si es que ha de ser como el principio,
no digas mas, Prusiano: Dí á Guillermo
que disponga sus tropas prontamente,
pues á atacarle voy.

Guill. ¿Eso indiscreto
respondes?

Carl. Sí, y á executarlo parto. *se levanta.*

Guill. Advierte que si tal respuesta llevo
hoy á Guillermo, ha de indignarse.

Carl. Sabe,
que ni su indignacion ni fuerza temo.

Guill. Pues ¡vive Dios! que sea en este dia
tanta su crueldad, como lo fueron
hasta aquí sus piedades: asaltada
verás esa Ciudad á sangre y fuego,
sin que en sus hijos una vida sola
perdone el irritado y limpio acero.
Ahí el presente tienes: vos, Señora,
perdonad de mi cólera el exceso,
que aunque idolatre ciego vuestras luces,
la soberbia de Carlos aborrezco. *al oido.*

Ulric. Pues mios son tambien sus enemigos.

Guill. Recíbele, conoce de Guillermo
el espíritu grande, y que le sobra

para rendir la Plaza aqueste medio.
Carl. Su gallardia estimo : pero dile
que si le hallo en campaña estoy creyendo
que no me he de acordar de esta fineza
para quitarle su postrer aliento.
Guill. El se holgará de conocer tu brio.
Carl. Pues dí que se disponga.
Guill. Ya dispuesto,
en esa vega mi respuesta aguarda,
porque ya, recelando tu despecho,
quiere que no bien tú el error cometas,
quando halles en sus iras tu escarmiento.
Carl. Pues no perdamos tiempo.
Guill. Al arma invictos
Saxones mios.

Hace á la derecha seña con un lienzo Guillermo, y suena dentro la caxa á envestir, y él saca la espada.

Carl. Valerosos Suecos,
á qué aguardais quando la gloria os llama:
tocad al arma.

Suena en lo oculto de la izquierda caxa y clarin, y van saliendo de ella, y baxando por el monte precipitadamente el Príncipe, un Oficial y Soldados Suecos, de modo que vengan á tomar tierra de uno en uno por la derecha, lidiando por su orden con Vakerbat, Kepel, y Soldados Saxones y Prusianos: incorporándose con ellos Guillermo, Carlos, Duker, Goerts, Reychel, Ulrica, y los demas Soldados. Cloarda, Colvert, y las Damas al primer alarma

su-

subirán á ocultarse por la izquierda.

Goerts. Nuestra ruina temo.

Ulric. Amor repara que es nuestro enemigo
el que tanto lugar halla en mi pecho.

Guill. A morir ó vencer, Saxones mios.

Princ. Suecos, no ya á morir, si no á vencerlos.

Carl. Duker, Goerts.

Los dos. Señor.

Carl. Dad recio, y lluevan
Saxones y Daneses.

Harán alguna evolucion vistosa, se reparten en tres cuerpos, retirando Guillermo y Saxones á Duker, Reychel y Suecos por la derecha: por la izquierda Ulrica y Goerts, á Kepel y Prusos: qaedando lidiando un instante Carlos, el Príncipe y Suecos con Vakerbat y Daneses; retirándose aquellos por el centro de la izquierda.

Duker. Valor, Suecos.

Princ. Señor no os arriesgueis.

Carl. Para eso vine,
si no en Stralsundo me estuviera quieto.

Acaban de retirarse, y sale por la derecha Guillermo sin espada, con el rostro ensangrentado, acosado de Duker y Suecos: cae Guillermo, van á herirle, y Ulrica los detiene.

Guill. Pese á mí, que sin espada,
y herido::-

Duker. Muera.

Ulric. Teneos,
no le ofendais.

Duker. Ved, Señora,
que es::-
Ulric. Tened, ¡ó vive el Cielo
que al impulso de este rayo
lloreis hoy vuestro escarmiento.
Duker. Advertid::-
Ulric. ¿Que aun replicais?
idos de aquí en el momento
todos, si no pretendeis
irritarme.
Duker. Ya obedezco.
No sé, Cielos, qué pensar *ap.*
de lo que oigo y lo que veo. *vase con los Soldados.*
Ulric. Alzad, Guillermo, y libraos
prontamente del gran riesgo
que os amenaza. Yo os pago
una libertad que os debo
con la vida, y libertad
que aquí os doy.
Guill. Sí, mas tan presto
quisisteis pagarme, Ulrica,
que quasi no os lo agradezco.
Ulric. ¿Por qué?
Guill. Porque á entender dais
que de un acreedor molesto
quereis libraros así,
por no hallaros, por no veros
obligada á conservarle
siquiera agradecimiento.
Ulric. El noble siempre pagó
la deuda, en aquel momento

que

que pudo.
Guill. Pues yo perdiéra
aquí gustoso el aliento,
porque fueseis mi deudora.
Si bien, Ulrica, sospecho,
que pagais lo que no estimo,
y no lo que yo deseo
que pagueis.
Ulric. Dexad que sepa
con el tiempo lo que os debo,
y pagaré si pudiere.
Guill. Esa esperanza::-
Ulric. Guillermo
es muy remota: cuidad
de salir ahora del riesgo
en que estais; pues una vez
que os volví en este momento
lo que os debia, tendré
que miraros como á un fiero
enemigo de mi hermano.
Guill. No me mireis como vuestro,
y haced lo que os pareciere.
Ulric. Idos yá.
Guill. Si antes el ceño
no templo de vuestros ojos,
¿cómo he de poder hacerlo?
Ulric. ¿Cómo habeis de conseguirlo
mientras no dexeis soberbio
de perseguirnos?
Guill. Si solo,
bella Ulrica, pende en eso

templar tu rigor::-
Sale el Princ. ¿En dónde
hallaré al Rey? ¡Mas qué veo!
muere enemigo.
Envístele, y Ulrica se pone delante.
Ulric. Deten,
Príncipe, el golpe funesto.
Princ. ¡Qué miro! ¿Divina Ulrica
vos en el campo impidiendo
que acabe á nuestro enemigo?
Ulric. Sí.
Princ. Pues como::-
Ulric. Ahora no puedo
responderte mas, que soy
yo quien su vida defiendo;
con que si quieres matarle,
riñe, y mátame primero.
Princ. De espacio dudas: ¿sabeis
qué es el altivo Guillermo?
Ulric. Sí.
Princ. ¿Sabeis que nuestros males
pueden tener fin, si preso
le llevamos?
Ulric. Sí.
Princ. ¿Pues cómo
me quitais ese trofeo?
Ulric. Eso no puedo deciros.
Princ. ¿Vos contraria de los vuestros,
y amiga de su enemigo?
Pudiera ser que::-
Ulric. Hé, teneos,

no

no profirais voz, que pueda
ofender hoy mi respeto.
Yo defiendo á un enemigo,
porque le veo indefenso
en un campo de batalla;
y porque veais que es cierto,
(amor ya no puedo mas)
tomad mi espada Guillermo. *Dale la espada*
Aun mas de lo que debia *y le dice al oido.*
hice por vos; defendeos,
ó morid: Príncipe, ya
con vuestro enemigo os dexo. *vase.*

Guill. Tiembla de mí, pues que vibro
un rayo del firmamento. *riñen.*

Princ. Mi valor teme, pues rigen
mi valor, amor y zelos.

Dent. á la derecha. Victoria por Federico.

Dent. á la izquierda. Victoria por el soberbio
Sueco.

Salen por la izquierda retirándose Vakerbat y Daneses de Carlos, Goerts y Suecos, y por la derecha Kepel y Saxones de Reychel y Suecos. Unense todos, y al verso de Guillermo se retiran á la desfilada los Saxones, y tras ellos todos los Suecos.

Guill. Leones no huyais,
pues en número y esfuerzo
les aventajamos,

Carl. Ya
es, Prusiano, mas su miedo,
que su valor.

Guill. Pese á mí,
que no puedo rehacerlos.
Carl. Hijos ahora que huyen.
Guill. Fuerza es que nos retiremos,
Soldados.
Vakerb. A retirarse,
sin volver jamas al riesgo
la espalda.
Princ. Soldados mios
corage, y no les dexemos. *éntranse.*
Carl. Eso sí, para que el mundo
vea que el ánimo Sueco
á pesar de la fortuna
se corona de trofeos.

ACTO SEGUNDO.

Aposento de Ulrica, y despues que empiezan á cantar dentro las Damas un 4.º sale Ulrica manifestando algun pesar de oirlas: Cloarda, y Damas

Música. Cera es ya, la que ostentaba
ayer dureza de risco;
lo que no venció el amor,
vencieron hoy mis suspiros.
Ulric. ¿Para qué, Cielos, me disteis
alvedrio, si he de verlo
víctima de una razon
de estado, que yo aborrezco?
¿No le disteis libre? Sí.
¿Pues por qué mi sufrimiento

le ha de ver esclavo hoy
de una tirania, Cielos?
No, no, perdone mi hermano.
Mi voluntad es primero:
yo sabré::-

Cloard. ¿Pues es posible,
Señora, que esos afectos
de tristeza no han de hallar
el dia de un Himeneo
tan dichoso algun alivio?

Ulric. No, Cloarda: es mi tormento
incapaz de hallarle; y solo
podré esperarle muriendo.

Cloard. ¿Y no he de saberle yo?

Ulric. No, Cloarda, no pretendo
sacarle del pecho al labio,
porque me acabe en el pecho.

Cloard. Volved á cantar, á ver
si halla alivio en vuestros ecos. *á las Damas.*

Música. Ya es cera, la que ostentaba
ayer dureza de risco:
lo que no venció el amor,
vencieron hoy mis suspiros.

Ulric. Basta, basta, que me irrito
de escucharos: si mi dueño
no le hice yo::- Dí, Cloarda,
¿quién te dió (Valedme, Cielos!)
esa letra?

Sale el Princ. ¿Quién, Señora,
pudiera este dia hacerlo,
si no yo?

Ulric. Pues perdonad
que os diga quán poco cuerdo
anduvisteis en llamaros
mi esposo antes de serlo.
Princ. Si ya me hizo vuestro hermano::-
Ulric. ¿Os hice yo?
Princ. No, mas creo
que vos::-
Ulric. Príncipe, yo sé
lo que debo hacer en ello.
Libre es mi alvedrio, y nadie
goza el mas mínimo imperio
sobre él: mi hermano podrá
de parte suya ofreceros
mi mano y mi corazon;
pero como á hacerle vuestro
no me obligue á mí mi gusto,
mi hermano no podrá hacerlo.
Esto os advierto, porque
sepais no hacer indiscreto,
gala otra vez, de que os ama
Dama, que no pensó en ello. *vase con las Damas.*
Princ. Dudas, ¿qué mas desengaño
de lo que vimos queremos?
¿Ulrica, en el mismo dia,
que á coronarla Himeneo
conmigo viene, tratarme
con tan claro menosprecio?
¿Mientras mi ciega pasion
piensa en tributar obsequios
á su hermosura, ella paga

con

con rigores mis extremos?
¡Qué bien temia, qué bien
el suceso de Guillermo
esta mañana me dixo
su pasion! Amor, ya es tiempo
de remediar este daño.
Me valdré de Goerts::- pero
no en referir lo que haré
perdamos, honor, el tiempo,
que es mucha la enfermedad,
si se dilata el remedio. *vase.*

Aposento corto de Goerts con mesa, escribanía y silla de brazos: puerta á la derecha: salen Goerts y Ulrica.

Goerts. Entrad: ¿qué querrá su Alteza,
que con tan grande misterio
viene á hablarme?

Ulric. Baron, cierra
la puerta de este aposento.

Goerts. Mas va aumentando mis dudas: *cierra.*
ya está.

Ulric. ¿Puede alguno vernos,
ú oirnos ya?

Goerts. No señora.

Ulric. Pues escucha: en el supuesto
de que si el venir yo misma
á buscar en tí el consuelo
á mis ansias no te obliga
á abandonar hoy respetos
por servirme, hay en Stralsundo
verdugos para soberbios.

Goerts. Señora::-
Ulric. No mas, Baron,
esto de paso te advierto,
porque sepas, como debes,
luego que salgan del pecho
mis ansias, proporcionarlas
el alivio que deseo.
Goerts. ¿A dónde irán á parar, *ap.*
discurso, tantos rodeos?
Ulric. Ya sabes, que apenas Carlos,
(despues de tantos inmensos
trabajos, como en Turquia
padeció, desde el suceso
de Pultova) dió á Stralsundo
la vuelta, dispuso, atento
á su voluntad, y no
á mi gusto, que es primero,
dar por esposo á mis años,
y á mi corazon por dueño,
al Príncipe de Hese: sabes,
que ocultándome este intento,
me hizo venir de Stokolmo,
manifestándome hoy mesmo
su designio: sabe pues
que mi corazon, bien lexos
de amar al Príncipe, sé
que de modo le aborrezco,
que antes que sus ansias puedan
hallar abrigo en mi pecho,
será mi vida despojo
de un puñal, ó de un veneno.

Confieso que el Príncipe es
valiente, y galan: confieso
que son muy dignas sus prendas
de mas superior empleo;
pero, Baron, no me inclinan
á quererle bien los Cielos.
Declarar á él mismo yo,
como á tí, que le aborrezco,
ni es decente á mi grandeza,
ni es debido á su respeto.
Manifestar á mi hermano,
que asentir jamas resuelvo
á los tratados infames
que con el Príncipe ha hecho,
es pretender que enojado,
y tenaz, en el momento
fuerce mi gusto: y en fin
unirme, contra el derecho
de la humanidad, á un hombre
que con horror estoy viendo,
es condenarme yo misma
á vivir en un eterno
disgusto: y así, pues tú
tan solo pudiste, cuerdo
y astuto, hacer á mi hermano
mudar dictamen, pretendo,
que valiéndote este dia
de tu poderoso ingenio,
le persuadas á que vuelva
á deshacer los conciertos
firmados, ó á que dilate

aquesta union, por lo menos.
No, no pretendas osado
disculpárteme, poniendo
montes de dificultades,
pues si antes que el negro velo
de la noche nos disipe
la luz de aqueste emisferio
no logro por sí este alivio,
sabrá mi ciego despecho
poner tu cabeza altiva
á mis plantas por trofeo. *en ademan de irse.*
Goerts. Tened, esperad, Señora:
templad vuestro duro ceño
un instante, y que os digneis
de oirme piadosa os ruego.
Mi poder, mi honor, mi vida
rendida á vuestros preceptos
estará, y procuraré
que lo acrediten los hechos
mientras viva. Reconozco
vuestra pena: considero
la amargura con que es fuerza
que vivais desde el momento
que vuestro hermano, y mi Rey,
violentar quiera indiscreto
vuestro corazon. Mas sé,
gran Señora, el duro genio
de Carlos: él ha ofrecido
vuestra mano, sin consejo
de su Ministro Goerts,
al Príncipe, y no contemplo

que quiera faltar ya hoy
á su palabra. Es entero
su Magestad, y jamas
querrá, por ningun pretexto,
padecer la infame nota
de poco observante, al menos,
de sus palabras: esclavos
todos los Reyes nacieron
de la suya, y sostenerla
deben á pesar de riesgos.
Aconsejarle yo al Rey
que deshaga los conciertos
firmados, sin declararle
la causa que hay para ello,
es parecer yo á su vista
poco sabio Consejero,
ó enemigo de su honor:
y el descubrírle indiscreto
que vos no quereis cumplir
lo que él ofreció, contemplo
que es mover su indignacion
hácia vos, y sin provecho,
pues de qualquiera manera
su Magestad ha de haceros
esposa del que mirais
con tanto aborrecimiento.
El medio que hay mas seguro,
(si vos convenís en ello,)
es, que yo al Príncipe diga,
(del modo que pueda menos
irritarle) quán violenta

vais

vais á ser suya: que él cuerdo
procure el ir dilatando
el concertado Himeneo,
sin manifestar al Rey
la causa, pues de no hacerlo
así estais determinada
á despreciar sus extremos.
El Príncipe es muy prudente,
y á trueque de no poneros
en tan claro precipicio,
lo hará así: vos en efecto,
procurad manifestarle
esa aversion quando el tiempo
y la ocasion lo pidiesen,
que si este ingenioso medio
no sirve; serán, Señora,
inútiles quantos pienso.
Ulric. Ingenio tienes; disponlo
de modo que mi tormento,
se alivie, y que mi decoro
no se arriesgue, pues en ello
pende tu vida, ó tu muerte.
Goerts. De una y otra sois el dueño, *llaman á la puerta.*
Señora; pero á la puerta
llaman.
Ulric. ¡Ay de mí! ¿qué haremos,
Goerts? porque no quisiera
me halláran en este puesto.
Goerts. Pues, gran Señora, dignaos
de entrar en ese aposento,
mientras (sea quien se fuere)
con

con qualesquiera pretexto
le despido.

Ulric. Bien: por tí, *ap.* *ocúltase en la izquierda, y Goerts abre la puerta.*
corazon, paso estos riesgos.

Goerts. Todo son sustos: ¿quién es?

Sale el Princ. Yo.

Goerts. El Príncipe, ¡santos Cielos! *ap.*
Señor, ¿pues vos os dignais
de honrar, con tan noble exceso,
esta casa?

Princ. Sí, Goerts.

Al paño Ulric. ¿Quién será? ¡pero qué veo!
¿No es el origen tirano
de mis ansias? escuchemos.

Goerts. ¿Qué mirais, Señor?

Princ. Si hay alguien
que nos oiga.

Goerts. ¡Otro misterio! *ap.*
No señor.

Princ. ¿No? pues Baron,
sabe que á valerme vengo
de tu amistad, y confio
que me sirvas con esmero
este dia.

Goerts. ¿Qué querrá? *ap.*

Princ. Ya sabes que el embeleso
de Ulrica ha llegado hoy
á ser mi esposa, y el dueño
de mi corazon.

Ulric. ¡Oh, denme *ap.*
mis ansias muerte primero!

Goerts.

Goerts. Si señor.
Princ. Pues sabe (¡ay triste!)
que es para mí tanto el ceño
y esquivez de Ulrica, que
si mas se dilata el vernos
unidos, que he de perderla
con razon estoy temiendo.
Por esto, pues, imagino
que tú, como Consejero
y privado de su hermano,
le obligues con un pretexto
á que dé fin á mis ansias,
y me haga absoluto dueño
de Ulrica este mismo dia.
Yo sé muy bien que ha de hacerlo
el Rey, si tú en persuadirle
empleas tu mucho ingenio;
y así de servirme trata,
pronto, y bien; en el supuesto
de que si no lo consigues,
he de creer con fundamento
que no quisiste, y entonces
(ten presente, Goerts, esto)
como Príncipe ofendido
no sabré mirar respetos. *hace que se vá.*
Goerts. Oid, Señor: ¡quién se vió *ap.*
jamas en tan duro aprieto!
Ulric. Oigamos lo que responde. *ap.*
Princ. ¿Qué dices, Goerts?
Goerts. Que espero
que me oigais un breve instante.

Yo ya sabeis quanto aprecio
vuestra persona, y quan pronto
me teneis para el aumento
de vuestras satisfacciones.
Mi Rey ofreció, es muy cierto,
casaros con la Princesa
Ulrica; pero contemplo
que no debió hacerlo así
sin que su Alteza primero
os amára y admitiera
por esposo, que en efecto,
muger casada por fuerza
lo que produce sabemos.
Ulric. Bien á persuadirle empieza. *ap.*
Goerts. Vos no querreis, á lo menos,
que sin gusto la Princesa,
sin voluntad, sin afecto
se una á vos, pues sentiriais
verla siempre al lado vuestro,
no con caricias de esposa,
sino con el duro ceño
de una muger despechada.
Princ. ¿A dónde irá á parar esto? *ap.*
Goerts. La Princesa, gran Señor,
no os trató, no tuvo tiempo
hasta aquí de conocer
las prendas que os concedieron
los Cielos. Y solo sabe,
(creedme) que sois el mesmo,
con quien hoy violentamente
va á unirla el destino, y esto

ha-

hace que os mire este dia
con tibieza. Si vos, cuerdo,
quereis seguir mi dictamen,
no apresureis el efecto
de esta union: id grangeando,
con un fino rendimiento,
su cariño, que una vez
que conquisteis vos su afecto,
yo haré que os dé en el instante
con su blanca mano el premio.

Princ. Baron, vos de Carlos sois,
y su Estado, Consejero,
no de amor: y yo á pediros
tan solo vine remedios,
no consejos: la Princesa,
aunque hoy me mira con ceño
y tibieza, tal vez puede
causarlo su adusto genio,
su cortedad ó recato.
Pero en el mismo momento
que sea mia, es forzoso
le deponga, y que su afecto
corresponda á las caricias
de un esposo.

Ulric. ¡Monstruo horrendo, *ap.*
no lo esperes!

Goerts. ¡Ah, Señor,
que la muger, que sabiendo
hoy quien ha de ser su esposo
mañana, con menosprecio
le llega á tratar, con odio

le mira, en llegando á serio.

Princ. Eso no se entiende nunca
con Soberanos sugetos
como Ulrica, pues no manchan
esos comunes defectos
las almas grandes.

Goerts. Señor,
hablemos claro, supuesto
que lo pide la ocasion.
Yo sé que desde el momento
que os vió su Alteza dispuso::-

Princ. ¿Qué dispuso? dilo presto.

Goerts. No unirse á vos.

Princ. Calla, calla,
villano, calma el acento
atrevido, y no me obligues
á que, olvidando respetos
á tus canas, con mi espada
castigue tu atrevimiento.
Mintió la bastarda lengua
que supuso que el excelso
sugeto que adoro pudo
oponerse á los preceptos
de un hermano, que::-

Sale Ulrica, Goerts se turba, y el Príncipe se suspende.

Ulric. No miente,
Príncipe.

Princ. ¡Qué es lo que veo!
¿Ulrica aquí? estoy corrido.

Ulric. Ulrica misma (supuesto

que

que desmentis al Baron)
lo afirma. No, no á desprecio
lo atribuyais, sino á sola
la influencia de los Cielos.
Yo conozco en vos partidas
muy dignas (os lo confieso)
de mas superior belleza
que la mia: mas no puedo,
ni podré jamas unirme
á vos con aquel afecto
debido á un esposo. Siempre
os miraré con el mesmo
horror que hoy: y pues oís
tal desengaño con tiempo,
procurad aprovecharos
de él, porque si no, os protesto
que siempre hallaréis en mí,
iras, rabias, y desprecios.
Prínc. Tened, Ulrica. El furor *ap.*
ya no me cabe en el pecho.
No creais que el escuchar
hoy, de vuestro labio mesmo,
la sentencia de mi muerte
llevará mis sentimientos
á un arrojo. Si me amarais
como os ama á vos mi pecho,
sabriais de quantas ansias
llenaron vuestros acentos
mi corazon: pero ni ellas,
ni el contemplar quanto pierdo,
perdiéndoos, me han de estorvar

que

que obre como caballero
en este lance: yo os juro
poner desde hoy quantos medios
alcance, para que nunca
tengan el debido efecto
las ideas del gran Carlos.
Y en caso de no poderlo
conseguir, tambien os juro
no asentir á sus preceptos
aunque me cueste perder
en la demanda el aliento.
Y finalmente os afirmo
no descubrir el secreto
de vuestra aversion, amando
siempre con el mismo extremo
que hasta aquí vuestra hermosura:
pero todo en el supuesto
de que ya que mis caricias
vuestras iras merecieron
solamente, no merezcan
otros finos rendimientos
vuestro favor, pues entonces
me disculparán mis zelos.
Esto á vos (que al fin no ofenden *á Ulrica.*
tan soberanos desprecios
á mi grandeza) respondo:
pero á tí que osado y necio *á Goerts.*
tomaste tan por tu cuenta
el darme tan manifiesto
el desayre de su Alteza,
he de responderte haciendo

mas pedazos tu vil lengua,
que::-
El Príncipe en ademan de sacar la espada: Goerts hincando la rodilla temeroso: y Ulrica yendo á detenerle. Sale precipitadamente Carlos, Colvert, y Duker.
Goerts. Señor::-
Ulric. Tened.
Carlos ¿Qué es esto?
Calma la accion.
Goerts. ¡Ay de mi! *ap.*
Ulric. Mi hermano es. *ap.*
Prínc. Su enojo temo. *ap.*
Carlos. ¿Qué es esto, Príncipe? ¿cómo
vos tan libre y descompuesto
con Goerts?
Prínc. Señor yo::-
Carlos. ¿Ulrica
que hubo aquí?
Ulric. Yo si::-
Carlos. Acabemos,
ó vive Dios que mis iras
os hagan hablar tan presto,
que::-
El Príncipe, Goerts, y Ulrica, hincando una rodilla.
Los tres. Señor::-
Carlos. Duker, avisa *volviéndo la espalda se sienta.*
que ya para oir espero.
Duker. Esta bien.
Goerts. Ya su templanza *ap.*
me

me ha sacado de este aprieto.
Carlos. Si ahora porfio en saber
la ocasion de aqueste exceso
en el Príncipe, es forzoso *ap.*
que me engañen: mejor luego
lo sabré por el Baron.
Ulric. Mucho su mudanza temo. *ap. vase.*
Colvert. Pero, Señor, ¿ es posible
que quando está el enemigo
estrechandoos sin saber
cómo salir del conflicto,
cansado de pelear,
de dar órdenes precisos
para la defensa, y aun
de abrir, como yo os he visto,
cortaduras y trincheras,
tras las murallas os miro
ir á dar audiencia? Ahora,
Gran Señor, era preciso
que os entregarais al sueño
un instante.
Carlos. Conde mio,
dices muy bien: pero entonces
llenaria los oficios
de buen General, mas no
los de Rey; y yo imagino
que antes fuí Rey que Soldado.
Para resistir el sitio
de Stralsundo tengo expertos
Generales y caudillos,
pero no tengo otro Rey

que ponga freno al delito,
y premie el mérito.
Colvert. Pero
por un dia::-
Carlos. Buen capricho,
Monsieur, un dia que tarde
en premiar qualquier servicio
un Rey, un contrario gana
en el mismo que le hizo:
y si en castigar la culpa
descuidado está ó remiso,
dá licencia al reo para
que cometa otro delito,
y razon para quejarse
al que de él se ve ofendido.

Sale Duker, y con el una muger de luto: un soldado sin el brazo izquierdo; un Artesano y un Labrador.

Duker. Entrad.
Muger. Este memorial, *arrodillase, y dale un memorial.*
Gran Señor, de mi conflicto
os informará.
Carlos. ¿Qué pides?
Muger. Que premieis hoy los servicios
de mi ya difunto esposo
en su muger y sus hijos.
Carlos. ¿Quién fué tu esposo?
Muger. Dening.
Carlos. ¿El Capitan?
Muger. Ese mismo,
Señor, que en Rugen murió,

á vuestro lado.

Carlos. He sentido
mucho su desgracia. Y bien
Goerts, del erario mio, *á Goerts.*
dadla quatro mil escudos
por año, y si vuestros hijos *á ella.*
quieren servirme, desde hoy
tengan aquel grado mismo
que su padre. Que le imiten
en su lealtad y brio
les decid, y en mí hallarán,
si no un padre, un buen padrino.

Muger. El Cielo os dé, Gran Señor,
mas victorias que enemigos. *habla con Goerts,*

Carl. Monsieur, verás con qué gusto *y vase.*
entran hoy en mi servicio
sus hijos, y qué valientes
pelean al lado mio.

Colv. ¿Por qué?

Carl. Porque solo el premio
hace al Soldado aguerrido;
y así el Rey que quiera hacer
de un cobarde un atrevido,
ponga en el peligro el premio,
que él irá á buscar peligros.

Goerts. Señor, los buenos Soldados,
con la obligacion nacimos
de morir por nuestro Rey,
y así todo el que ha cumplido
con su obligacion, de elogio,
pero no de premio, es digno.

 Carl.

Carl. Bueno: aun con premio no hay
quien quiera cumplir activo
con ella; mira qué harán
los que premio no han tenido.
¿Qué pides tú? *al Labrador.*
Labrad. Gran Señor,
que un campo muy reducido,
que tenia entre la Plaza,
y la Calzada, este mismo
dia me han arruinado,
para hacer en su recinto
un fuerte.
Carl. ¿Y bien, ese fuerte
para defender no se hizo
tu vida y la de los tuyos?
Labrad. Si señor.
Carl. Pues si en tu alivio
resulta el daño que te hacen,
¿qué quieres?
Labrad. Señor invicto,
aquel campo era tan solo
donde el sustento preciso
hallaba.
Carl. Y bien, ¿qué no tienes
donde ganarle en tu oficio?
Labrad. No señor.
Carl. Pues no te aflijas.
Labrad. Felice sin duda he sido. *ap.*
Carl. Duker, haz que entre mis tropas
tenga una plaza:: -
Labrad. ¡Qué he oido!

Carl.

Carl. De Soldado, por ahora;
ve, y luego que el enemigo
levante el cerco, á tu costa
demolerás el castillo
que han levantado mis Suecos,
y será al instante mismo
tuyo otra vez todo el campo.
Labrad. Señor::-
Carl. Vete, que me irrito *Duker le hace*
de ver que tengo un vasallo *partir con él.*
tan vil, tan infiel::-
Duker. ¡Qué miro!
Vete, que su Magestad::-
Carl. Bueno: mi enojo es fingido, *ap.*
Goerts, que quiero que sepa
quan mal de quexarse hizo.
Goerts. ¡Qué prudencia! *ap.*
Colvert. ¡Estoy absorto! *ap.*
Carl. ¿Qué pides tú? *al Soldado.*
Sold. Mi retiro;
pues perdí este brazo izquierdo,
Señor, en vuestro servicio.
Carl. Que le hagan uno de plata. *á Goerts.*
Goerts. ¿De plata?
Carl. De plata he dicho.
Goerts. Ved, Señor::-
Carl. ¿No? pues vé, y dí
que sea de oro macizo,
que si el brazo que perdió
matar sabia enemigos,
como Sueco, no, Goerts,

no es este precio excesivo.
Sold. ¿Y el retiro?
Carl. ¿Con qué brazo
manejabas tú el bruñido
acero?
Sold. Con el derecho.
Carl. Pues ve á matar enemigos
con él, y quando otra bala
te le quite, concedido
tienes el retiro.
Sold. Ved,
que yo::-
Carl. Ve, y haz lo que digo,
pues si nada el brazo izquierdo
te servia, y ese ha sido
el que te quitaron, nada
el enemigo ha venido
á quitarte, con que no hay
para la gracia motivo.
Sold. Eso es no saber juzgar. *yéndose.*
Carl. ¿Qué dices?
Sold. Que no replico.
Carl. Así le he de castigar,
sin mostrarle que lo he oido. *ap.*
Ven Soldado. *levántase.*
Sold. ¿Qué mandais?
Carl. Siéntate aquí, y á tu arbitrio
decreta esos memoriales.
Sold. Señor::-
Carl. Presto, ó si me irrito::- *le sienta.*
Goerts. ¿Qué haceis, Señor?

Carl. Aprender
de este Soldado mi oficio.
Sold. Temblando estoy.
Carl. Llega tú,
y dí ¿qué pides?
Artes. Os pido,
Señor, que me hagais justicia.
Carl. ¿Contra quien?
Artes. Contra un Ministro
de los vuestros, que ha tres años
que á él, y su familia visto;
y porque ayer le pedí
el equivalente digno
á mi trabajo, juró
darme un severo castigo
si volvia á molestarle.
Carl. Y bien, Soldado, instruido
de la causa, da la pena
correspondiente al delito.
Sold. Señor, yo::-
Carl. No te disculpes.
Sold. Pues dixo que era Ministro
del Rey, quiero apadrinar
su causa por si consigo *ap.*
su favor, que con el pobre
qualquiera tiene cumplido.
Carl. ¿Qué piensas?
Sold. Señor, pensaba
que dió bastante motivo
ese Artesano, pidiendo
tan libremente á un Ministro

lo que le debia, para
que su Excelencia ofendido
le amenazára.

Carl. ¿Luego eres
de dictamen que el castigo
le merece ese Artesano?

Sold. Si señor. Le ha complacido *ap.*
mi discurso.

Carl. ¿Y quál le das?

Sold. Aunque con razon le miro,
nada importa que él padezca, *ap.*
si yo mi dicha consigo.
Que por osado le corten
la lengua este dia mismo.

Carl. Goerts, haz que se execute. *á Goerts.*

Artes. Señor, que veais os pido
que es iniqua la sentencia.

Carl. ¿Por qué?

Artes. Porque no imagino
que pude ofenderle yo
en pedirle lo que es mio.

Carl. ¿Ves tú quán contra razon *al Soldado.*
juzgaste un solo delito
que te ha tocado? levanta,
levanta, y dexa ese sitio *levántale*
que ocupas, pues no supiste *con rabia.*
cumplir con él ni conmigo.
Vete ya, vete, y jamas
culpes á un Rey de que impío
sentenció, porque á tu gusto,
y tu voluntad no lo hizo;

que

que no ha de agradar á todos
aquel que juzga á infinitos.
Sold. Señor, yo::-
Carl. Ve, y agradece
que no executo contigo
la sentencia que contra ese
infeliz has proferido. *vase el Soldado.*
Tú, Goerts, en el momento
sabrás quién es el Ministro
que amenazó á ese Artesano,
y mándale en nombre mio
que al punto le satisfaga
lo que conste por escrito
que le debe, y cien escudos
mas por el ultrage que hizo
á su persona.
Goerts. Está bien.
Artes. Los Cielos, Señor invicto,
os recompensen por mí
tan singular beneficio.
Goerts. Eterno habia de ser *vase con el*
un Rey tan justo y benigno. *Artesano.*
Colv. Sois rigoroso.
Carl. Monsieur,
es fuerza que estos Ministros
sepan que no han de ultrajar
al pobre sin gran motivo:
un Artesano trabaja
para adquirir el preciso
sustento con su sudor;
y pues fue constituido

á servir al poderoso
porque la suerte lo quiso,
páguele el rico muy bien
si él le dexó bien servido.

Colv. Teneis razon. *se oyen tiros.*

Carl. Yo, yo haré
que no gasten mis Ministros
tanta profusion á costa
de semejantes delitos.
Pero, Monsieur, buena salva
nos hacen los enemigos.

Colv. ¡Ah, Señor, quánto me pesa
el ver que mas que rendiros *tiro..*
honrosamente querais
morir con tantos invictos
Generales en las ruinas
de Stralsundo!

Carl. Y bien, lo mismo
es morir aquí, Monsieur,
que en otra parte; los mios,
á lo menos, así piensan
desde que vienen conmigo:
los tuyos piensen allá
como quieran.

Colv. Yo imagino
que es temeridad.

Carl. Que sea. *tiros.*
Hei.

Sale por la derecha Reychel. Señor.

Carl. Escribe. *siéntase Reychel.*

Colv. ¡O brio

mal

mal empleado! Los Cielos
os guarden, *vase.*
Carlos. De un mal amigo.
Reychel. Ya espero. *paseándose y dictando.*
Carl. Desde Stralsundo,
sitiada por Federico
y Guillermo, arruinada
algo por el fuego vivo,
pero por fin defendida
hasta ahora por los mios. *tiro.*
Pon la fecha.
Reychel. Ya está: ¡ay triste!

Despues del tiro cae un casco de una bomba; figura dar á Reychel en la cabeza, y cae muerto.

Carl. Las levas que con mi aviso
debisteis hacer::-

Carlos permanece paseando un corto instante sin volver el rostro á Reychel, hasta fin de este verso que dirá enojado.

estan?
Reychel: por Dios que he sentido
que muriese un Coronel *reconociéndole*
escribiendo. *muerto.*

Dexa en la silla de brazos á Reychel muerto, separa la mesa, coge otra silla, siéntase y escribe.

Mas prosigo,
si es que no se me ha olvidado.
Sale presuroso Duker. Señor, venid al proviso,
que el enemigo sagaz
vadeó el Mar::-

Carl.

Carl. Hei: de este sitio retirad ese cadaver. *salen por la izquirda dos criados.*

Retiran á Reychel en la misma silla y quitan la mesa.

Duker. Reychel::-

Carl. Y bien: ha cumplido
con su deber: Ahora resta
hacer nosotros lo mismo. *vase.*

Levantan el telon y se ve una calzada desde los bastidores de la derecha hasta la mitad del teatro, y en ella una Ciudadela con algunos cañones: desde ella hasta los bastidores de la izquierda un trozo de mar: el resto del teatro será de selva: por la derecha saldrá Guillermo, Vakerbat y Prusianos, en forma de avance, pisando con silencio; y por la izquierda saldrán vadeando el mar Kepel y algunos Daneses, como recatándose: el teatro estará enteramente obscuro, y figurarán haber traido algunas Baterias que arrojarán bombas á la Ciudadela y la Plaza: luego que empiece á hacer fuego la Ciudadela, detras de la qual se descubrirá una vista de Ciudad.

Guill. Pisad quedo, y á esa parte
los morteros prevenidos
tened; y mientras nosotros
por mar y tierra envestimos
la Ciudadela, vosotros
dirigid el fuego vivo
á la Plaza, porque sea
su dolor mas excesivo.

¡Ay

¡Ay, Vakerbat, con qué fuerza
me reprende estos designios
mi puro amor! ¿Yo cruel,
á verter la sangre aspiro
de mi bien? No, no, mis tropas
se retiren al proviso.
Vakerbat, alcese el cerco.
Vakerbat. Está bien.
Guill. Mas Federico::-
mi juramento::- mi honor::-
No vayais ya, espera amigo.
¡O fuerza de amor! ¡ó fuerza
tambien del pundonor mio!
Tú que perdone me mandas
á Carlos: y tú que altivo
su ruina busque. Aquí Ulrica,
(que es dueño de mis sentidos
su corazon interpone
entre las iras que animo,
y su hermano: allí mi honor
reprende con despotismo
mi flaqueza. ¡O quién pudiera
dar á entrambos los oidos!
¡O quién de seguir á entrambos
hallará aquí algun camino!
Hacen seña desde el mar disparando un cohete.
Vakerbat. Señor, ya la seña hicieron.
¿Qué hemos de hacer?
Guill. No sé, amigo:
¿pero cómo dudo yo
lo que he de hacer en conflicto

semejante? Dos coronas
me ofrece aquí mi destino.
La que amor me enseña es fuerza
que me dexe envilecido
para siempre: la otra que
la heroica fama ha texido
de inmortal laurel, mi nombre
hará á los futuros siglos
respetable: Aquesta pues,
busquemos aliento mio,
y entre el amor y la gloria,
dése el amor al olvido.

Centinela. Que el enemigo se acerca.

Guill. Al arma, Saxones mios,
antes que de la sorpresa
se rehaga el enemigo.

Carl. Aprisa, Suecos.

Abren la Ciudadela, y salen con espada en mano Carlos, Goerts, el Príncipe, el Oficial, Duker y Suecos, á tiempo que por la derecha sube Guillermo, Vakerbat y Saxones, y por la izquierda Kepel y Daneses: Los Suecos se dividen haciendo frente á ambos lados para disputarles la subida: de la Ciudadela empezarán á hacer fuego á los Saxones, y algunos de estos quedarán arrojando algunas bombas á la Plaza.

Príncipe. Señor,
por entrambos lados miro
que nos atacan.

Carl. Pues ambos

de-

defendamos divididos.

Guill. A coronarnos de gloria,
Soldados.

Ahora los Suecos baxarán, retirando á los Saxones y Daneses: hacen alguna evolucion vistosa.

Prínc. A perseguirlos
y rechazarlos.

Vakerb. No hareis,
que son muchos nuestros brios.

Guill. Cerquémosles.

Carl. De este modo
os dexamos conseguirlo:
recio Duker.

Duker. ¡Ah, Señor,
que el valor se ve rendido
por el número!

Guill. Daneses,
el triunfo es nuestro; á seguirlos.

Suben desordenadamente los Suecos, y tras ellos los Daneses y Saxones, y se van ocultando por detrás de la Ciudadela, quedando el último Carlos, lidiando con algunos Daneses.

Carl. ¡Ah, viles Suecos, qué pronto
olvidasteis los principios
de vuestra escuela, que así
volveis la espalda al peligro!

Voces. Viva Guillermo.

Carl. No viva,
que aun queda en mi brazo invicto
esta segúr, este rayo,

siempre glorioso y temido:
Y así, en tanto que vibrado
le veais por él, altivos
no digais::-
El y voces. Guillermo viva.
Carl. Pues el estrago improviso
que hará en vosotros un rayo
de mi rabia despedido,
dirá hoy en oprobio vuestro,
y en señal del triunfo mio,
que muera Guillermo, y triunfe
el Sueco nunca vencido.

ACTO TERCERO.

Salon corto de Ulrica, y sale Cloarda con luces.
Cloard. POr mas que tiro á explayar
el corazon afligido
de mi ama, no puedo: todo
se la vuelve dar suspiros
por su Guillermo, y Guillermo
estará pensando altivo
como hacernos perecer
antes: ¿pero qué diviso?
un hombre::- ¡Ay de mí! *asustada.*
Salen el Oficial, Vakerbat y Guillermo; y aquel viene á contener presuroso á Cloarda.
Oficial. Cloarda
deten la voz, no dés gritos;
pues vengo en la confianza
de que me dexes servido
en

en lo que intento: Guillermo,
atropellando peligros,
viene á ver á Ulrica. Haz
de modo que conseguirlo
puedan, y á Dios, que á mi cargo
queda el pagar tal servicio.

Cloard. Advierte:;-

Oficial. Nada hay que advierta,
pues soy yo quien te lo pido,
y un Rey quien media.

Cloard. Pues díle
que se aguarde en este sitio
á que salga mi Señora. *vase.*

Oficial. Bien: Aquí, Señor, invicto
podreis esperar á Ulrica
y lograr vuestro designio.
Vakerbat, (pues yo no puedo)
en este patio contiguo
podrá estar para avisaros
si alguien viene.

Guill. Yo te estimo
la fineza, y Vakerbat
la dará el premio debido.
Idos ya.

Oficial. Guardeos el Cielo. *vanse los dos.*

Guill. Amor, pues que ya vencimos
el mayor inconveniente,
¿qué me asusto? ¿qué vacilo?

Salen al paño Cloarda y Ulrica.

Cloard. Allí está.

Ulric. Pues vete tú,

y no dexes que á este sitio
llegue criado ninguno.
Cloard. Está bien. *vase.*
Guill. Ya el bien que estimo
sale aquí.
Sale Ulric. Finjamos, alma, *ap.*
pues lo quiere mi destino.
¿Quién está aquí?
Guill. ¿Quién, Señora,
venciera tantos peligros
por gozar de vuestros ojos
sino yo?
Ulric. ¡Qué es lo que miro!
Guillermo, ¿pues cómo vos,
necio, loco y atrevido,
pretendeis con tal exceso
manchar el decoro mio?
¿Sabeis ya quién soy? ¿Sabeis
que mi corazon altivo
solo admite las caricias
que le tributa rendido
el Príncipe de Hese, como
ya futuro esposo mio?
¿Pues cómo tan temerario
pretendeis que á mis oidos
lleguen hoy, y lleguen nunca
vuestros locos desvarios?
¿Pudisteis imaginar
tal vez que vuestros suspiros
vencerian algun dia
mi desden? He, (¡que mal finjo!)

Idos

Idos de aquí; y advertid,
que este arrojo no castigo
con mas rigor, porque al fin
alcance á vuestro capricho
mi piedad: mas si otra vez
poneis en igual peligro
mi honor, vivo yo que sea
tal mi enojo, que::- ea idos,
idos, ó hareis que me acuerde
de que sois nuestro enemigo.
Guill. A haber creido, Señora,
que este exceso de mi fino
corazon habia tanto
de ofenderos, os afirmo
que antes muriera á la pena
de no ver vuestros divinos
ojos, que exponerme á verles
tan rigorosos conmigo.
Yo os amo, Ulrica: esto solo
no puedo ocultar yo mismo,
por mas que vuestros enojos
se acrecienten al oirlo.
Os amo, y vivir no puedo
sin veros: si este es delito
que merece vuestras iras,
yo, Ulrica, le he cometido
desde que os ví, y os prometo
cometerle de continuo
mientras viva. Vos, Señora,
castigadle á vuestro arbitrio.
Ulric. ¡Que haya mi honor de obligarme *ap.*

 á

á reñir lo que le estimo!
Amad vos en hora buena,
Guillermo, mas no atrevido
me lo digais, ni espereis
mas premio del que habeis visto.
Guill. Amaré sin esperanza,
ya que quiere mi destino
que otro mas dichoso gane
todo el bien que yo he perdido.
Ulric. ¡Que no pueda declararme! *ap.*
Idos ya, Guillermo, idos
que peligra vuestra vida
si os hallan aquí conmigo.
Guill. Vida que estimais tan poco,
qué os da á vos que esté en peligro.
Ulric. Mucho, pues la habeis expuesto
por mí.
Guill. Ese mismo motivo
teneis para no mostraros
tan rigorosa conmigo.
Ulric. ¿Cómo?
Guill. Como aun mas peligra
con vuestro desden continuo.
Ulric. Esto me manda mi honor,
y obedecerle es preciso.
Guill. Pero vuestra voluntad::-
Ulric. Eso, Guillermo, no digo.
Guill. ¿Quién os lo estorva?
Ulric. Mi suerte.
Guill. Declaraos.
Ulric. Harto os he dicho

si quisierais entenderme.

Guill. Mirad que::-

Dent. Duker. Seguidme, amigos,
que él es: prendedle ó matadle.

Sale Vakerbat presuroso con la espada en la mano.

Vakerb. Gran Señor, somos perdidos.

Guill. ¿Cómo?

Vakerb. Conocióme Duker,
y me sigue hácia este sitio
con la guardia.

Guill. Pues salgamos
valientes de este conflicto *sacan la espada.*
muriendo y matando.

Ulric. No,
tened, que mejor asilo
os dará mi ingenio. Entrad
en ese aposento mio
los dos.

Guill. ¿Y aquesa es piedad?

Ulric. No es sino un deseo vivo
de que no pague mi honor
lo que habeis vos cometido.
Entrad.

Guill. Por vuestro respeto, *éntrase con Vakerbat.*
no por temor, me retiro.

Dent. voces. Aquí se entró.

Duker. Pues seguidme.

Salen con las espadas desnudas Duker y Suecos.

Ulric. Tened.

Duker. Señora, permiso

nos daréis para que entremos
en busca de un enemigo
á vuestra estancia.
Ulric. Duker,
rato hace que en este sitio
estoy, y no he visto á nadie.
Duker. Pues, Señora, él tomó asilo
en este quarto, y es fuerza
que se halle en él escondido,
y así::-
Ulric. Detened el paso,
que si (como has presumido)
vino á acogerse al sagrado
de mi grandeza, es preciso
que le valga.
Duker. Gran Señora
perdonadme, si es que os digo
que ningun respeto puede
valer á quien es.
Ulric. ¿Qué has dicho
mal vasallo? ¿así te atreves
á profanar hoy los dignos
respetos de mi grandeza,
sin temor de que mi altivo
corazon, al solo impulso
de mi poder ofendido,
haga tu loca cabeza
baxar á mis pies invictos?
¡Vive Dios, que el que hoy osáre
á dar mas paso atrevido
en mi ofensa le he de hacer

mas

mas pedazos que::-
Sale el Princ. ¡Qué he oido!
Señora, ¿qué haceis?
Ulric. Poner,
Príncipe, el freno debido
á un soberbio, y sostener
los privilegios antiguos
de mi grandeza.
Duker. Señor,
habiendo yo conocido
en el patio de Palacio
á un General enemigo,
encubierto, fuí á prenderle,
y vino á tomar asilo
en el quarto de su Alteza.
Yo quise con su permiso
buscarle, y::-
Princ. Basta; ya alcanzo
lo que enojar ha podido
á su Alteza: tú anduviste,
Duker, sobrado atrevido
en penetrar hasta aquí,
sin que hubieses obtenido::-
Duker. Mi zelo::-
Princ. Está bien: Ulrica
daros licencia no quiso
para entrar, no porque quiera
proteger á un enemigo,
sino porque sepais todos
que no es un vasallo digno
de penetrar á una estancia

Real, á quien han concedido
tanta inmunidad las leyes:
y en prueba de ello, yo mismo,
sin temor de que su Alteza
se oponga, el mayor retiro
de su quarto miraré
en busca de ese enemigo.

Coge una luz, y se entra sacando la espada.

Ulric. Tened: ¡ay de mí! ya es fuerza
que los halle, y su peligro
se aumente: ¿qué haré, desdichas?
Si interceder solicito
por ellos, es declarar
al Príncipe mi cariño;
y si no intercedo es fuerza
que Guillermo, á quien estimo
mas que á mí misma, padezca.
Confusa estoy.

Sale el Princ. Zelos mios *ap.*
tened paciencia: Duker,
bien engañado has venido
por cierto, pues solamente
á los criados he visto
de su Alteza.

Ulric. ¡Qué he escuchado! *ap.*

Duker. Pues si todos le hemos visto::-

Princ. ¿No basta que yo lo diga?

Duker. Si señor.

Princ. Id al proviso,
y registrad la Ciudad
en su busca.

Duker.

Duker. No replico. *vase con la guardia.*
Ulric. Si entraron en esa sala,
¿cómo hallarles no ha podido? *ap.*
Princ. Ya se fueron: ahora es tiempo,
sospechas, de descubrirnos. *ap.*
Señora, nunca creí
que pudiera el peregrino
ingenio vuestro ultrajar
tanto el lustre esclarecido
de vuestra persona, y menos
que juzgarais nunca dignos
de tan continuos desayres
mis rendimientos continuos.
Camina hácia la izquierda, y saca á Guillermo, y Vakerbat.
Este es Guillermo de Prusia,
y Vakerbat, enemigos
vuestros, y de vuestro hermano:
á estos teneis escondidos
en vuestro quarto, ofendiendo
vuestro honor, el amor mio,
y el respeto del Rey. No,
no creeré, ni he creido
que seais capaz jamas
de cometer el delito
de amarle: pues si llegara
solamente á discurrirlo::-
¿qué es discurrirlo? á dudarlo
no mas hubiera ya::- digo,
Señora, que no lo creo.
Pero estais dando motivo

á que la opinion del vulgo
manche vuestro esplendor limpio.
Yo he procurado, prudente,
encubrir, como habeis visto,
este accidente á pesar
de mi rabia: ya he cumplido
con lo que á mí me debia.
Por vos doy á mi enemigo
libertad, quando quisiera
darle mil muertes mi brio.
Y en fin por vos hasta la ira
que en verles he concebido
sofoqué en mi pecho; ved
si os agravio, ó si os obligo.
Ulric. Corrida estoy y admirada. *ap.*
Príncipe::-
Princ. No solicito
ocasionaros la pena
de responderme. Conmigo
venid los dos: que no solo *á Guillermo,*
dexaros libres maquino, *y Vakerbat.*
sino defenderos yo
de qualesquiera peligro
que halleis hasta vuestro campo.
Pero tened entendido, *á Guillermo.*
Guillermo, que si hasta aquí
os miré como enemigo
de la patria solamente,
ya es fuerza que como mio
y suyo desde hoy os mire.
Guardaos pues en otro sitio
de

de mí, que es mucho el valor
del que se mira ofendido.
Guill. ¡Heroyca accion! guia, pues. *al Prínc.*
Princ. El Cielo os guarde mil siglos. *á Ulrica.*
Guill. ¡Ay bella Ulrica, mis ojos
te digan el dolor mio! *vanse los tres.*
Ulric. ¡Valgame Dios! tan absorta
y sorprendida me miro
en un instante, que apenas
sé si es verdad ó delirio
quanto por mí pasa. Cielos,
¿creible es que haya podido
mi corazon orgulloso
admitir hoy el dominio
de una pasion tan infame
y afrentosa? ¿Yo he sufrido
por Guillermo (¡ay de mí triste!)
tal sonrojo? me horrorizo.
¿Yo he dado entrada en mi quarto
á ese monstruo? ¿he defendido
su vida contra las voces
de mi sangre? ¿Yo le he visto
en mi poder, y furioso
no le hizo el aliento mio
pedazos? No puede ser,
no, yo sueño, yo deliro:
pero no sueño, desdichas:
verdad fue: yo dí al olvido
mi sangre, mi honor, y todo
el ceño y rigor esquivo
de mi genio: desprecié

los

los preceptos repetidos
de mi hermano, y las caricias
de aqueste Príncipe invicto;
y aun á las continuas voces
del pundonor los oidos
injustamente he cerrado:
pues no, no, decoro mio,
razon, juicio, tiempo es ya
de arrancar con despotismo
del corazon la cizaña
de aqueste amor mal nacido.
No diga el mundo que tuvo
sobre mi alma dominio
una pasion fragil: vea
que el menospreciado juicio
de la muger, quando llega
á conocer su delirio,
sabe vencerse á sí misma,
y conducir al camino
seguro de la razon
el error de su capricho. *vase.*

Noche: selva corta, y aparece dormido en el suelo el Oficial: sale Carlos con capa, Colvert y Goerts.

Colv. ¿No os vais á dormir, Señor?
Carl. Bueno, Monseur: yo imagino
que aun sin dormir me dará
harto que hacer mi enemigo.
Goerts. ¿Sabeis que quiere asaltarnos
sin dar quartel?
Carl. Eso mismo

hi-

hiciera yo á ser Guillermo.

Goerts. Valiente impresion le hizo *ap.*
la noticia. Vuestro riesgo,
gran Señor::-

Carl. Sí, Baron mio,
dexa tú que él nos asalte,
que sea de ese Castillo
y la Plaza dueño, y que
no nos dexe un Sueco vivo,
que entonces yo te prometo
darte, Goerts, mi permiso
para que trates de ajuste.

Goerts. Sacaremos buen partido
por cierto.

Carl. Mira, Goerts,
en tanto que yo registro
las murallas, vete tú
á ver si está prevenido
lo que mandé: pues aun antes
que amanezca determino
que quede casada Ulrica.

Goerts. Advertid::-

Carl. Tenga marido
que la cuide, porque yo
no quiero tal exercicio.

Goerts. Es que::-

Carl. Goerts ya estás necio
sabiendo que es gusto mio.

Goerts. Ya obedezco. Aunque de Ulrica
estoy temiendo el castigo *ap.*
no me atrevo á replicarle. *vase.*

Carl.

Carl. Goerts es un buen Ministro,
pero no ha sido Soldado:
Caminan hácia la derecha, y tropiezan con el Oficial.
¿quién va?
Colv. Un Oficial dormido
es, Señor.
Carl. Despiértale.
Colv. Señor Oficial: ¿qué miro?
Dunang es, Señor. *despiértale.*
Carl. Dunang.
Oficial. ¿Quién es? *levantándose.*
Carl. ¿Cómo tal descuido,
quando el enemigo vela?
Levanta, y parte al proviso
á relevar á Derson,
como te toca.
Oficial. He dormido
media hora apenas, cansado
de lidiar con enemigos, *yéndose.*
y ahora á entrar de guardia.
Carl. Oye.
Oficial. Señor.
Carl. Guárdate del frio
con mi capa, y vuélvete *poniéndole*
á dormir, porque imagino *su capa.*
que estarás algo cansado.
Oficial. Advertid, Señor::-
Carl. Yo mismo
haré la guardia por tí,
supuesto que ya he dormido.

Oficial.

Oficial. Perdonad, que::-
Carl. No repliques,
ó vive Dios que me irrito.
Oficial. Obedezco.
Echase en el suelo, y Carlos le tapa con la capa.
Carl. Ven, Colvert.
Colv. Señor estraño infinito
lo que habeis hecho.
Carl. Monseur,
si cada Soldado mio
fuera otro yo, no me vieras
ahora tan compasivo.
Pero no saben lidiar
en estando mal dormidos.
Sale Goerts. Señor.
Carl. ¿Qué, Goerts?
Goerts. Ya está
con gran fausto prevenido
todo, pero es menester
que vuestro poder invicto
venza::-
Carl. Vamos, que á vencer
nunca está Carlos remiso.
Colv. ¡Oh Rey fuerte! ni aun los males
tienen sobre tí dominio. *vanse los tres.*
Aposento corto, y sale el Príncipe.
Princ. ¡Oh qué noche tan funesta
esta para mí! mil siglos
de amarguras me parece
que en ella sola han cabido.
¿Mas qué mucho si viviendo

están mis zelos conmigo?
en vano el Rey ha dispuesto
tanto aparato festivo
para mi union con aquella
fiera que adoro rendido,
pues está mi corazon
de horrible luto vestido.
Reyne en todos la alegria,
el placer y el regocijo
esta noche, y solo venga
la tristeza aquí conmigo.
Ella y mi llanto serán::-
Al paño Carlos y Goerts.
Carl. Haz, Goerts, lo que te he dicho.
Goerts. Señor dí á su Magestad *sale.*
ahora el recado mismo
que me encargasteis, y manda
que asistais::-
Princ. Carlos invicto
perdone, que solo en eso
no obedecerle imagino.
Sale Carl. Ni en esto ni en otra cosa
lo hareis jamas, porque altivo
sabré poner á mis pies
yo tu cabeza::-
Carlos empuñando la espada: Goerts deteniendo la accion hincada una rodilla, y el Príncipe retirandose.
Goerts. ¡Qué miro!
Señor::-
Princ. Señor.
Carl.

Carl. Alza presto,
y ven, Príncipe, conmigo.
Al paño Ulric. Buscando::- ¿pero mi hermano
no es este? ¿á qué habrá venido?
Princ. Señor, la mano de Ulrica
que es una dádiva miro
tan grande, que al Soberano
mayor del mundo imagino
que pudiera desde luego
tenerle ensobervecido.
Lo confieso: pero á mí
no me permite el destino
que la admita. Vos podeis
colérico y vengativo
darme la muerte: aquí estoy, *hincando una*
y con gusto la recibo, *rodilla.*
antes que esta union.
Ulric. ¡Qué escucho!
Carl. ¿No la buscaste tú mismo?
Princ. Si señor.
Carl. ¿No apresuraste
el término?
Princ. Yo os lo afirmo.
Carl. ¿No la amabas?
Princ. Y aun ahora
la estoy adorando fino.
Carl. ¿Pues por qué no has de casarte?
Princ. Eso no puedo deciros.
Sale Ulric. Yo sí: pues si vos acaso
decirlo no habeis querido
por ser tan heroyco esclavo

de vuestra oferta ; vos mismo
quiero yo que lo digais
ahora , mas sin decirlo.
Princ. ¿Cómo?
Ulric. Viniendo obediente
á gozar ese festivo
aplauso que la Ciudad
nos tiene ya prevenido.
Princ. Quien porque vos lo quisisteis
tan desdichado se hizo;
si le mandais ser dichoso,
¿cómo podrá estar remiso?
Dala la mano y se van : Carlos se queda mirándoles.
Carl. ¿Goerts?
Goerts. Señor.
Carl. Bien hablaron,
pero no les he entendido. *vanse.*

Gran plaza de Stralsundo iluminada , con algunos arcos triunfales : Salen por el centro de la izquierda varias Suecas y Suecos con algunos instrumentos , los quales harán que tocan , para que canten ellas el 4.º siguiente; enramando de flores y murtas la plaza. Tras ellas vendrán en una magnifica carroza Ulrica y el Príncipe , y á pie á su lado Colvert y Goerts , y detrás de la carroza alguna Tropa.

Música. En vano estorvar intenta
Marte las dichas de amor,
que su fiereza no tiene
imperio sobre su harpon.

Princ.

Princ. ¡Oh quan bien, hermosa Ulrica,
llegó la letra á deciros
mi pasion, pues de ella sola
es mi valor sacrificio!
Ulric. Creed que quanto mi pecho
estuvo hasta aquí remiso
para amaros, estará,
Príncipe, desde ahora fino.
Vil pensamiento no mas *ap.*
atormentes mis sentidos.
Goerts. No he podido hacer que Carlos
presidiese este lucido
aparato, ni un instante.
El tiene raros caprichos.
Princ. En aplauso de mi esposa,
sigan los ecos festivos
y placenteros, diciendo
una y otra vez conmigo::-
El y Música. En vano estorvar intenta
Marte las dichas de amor:
que la fiereza no tiene
imperio sobre su harpon.

Con esta repeticion de Música se entran todos por la derecha: cae un telon de calle, y salen Carlos y el Oficial con algunos Soldados.

Carl. Yo bien conozco que os fuerais
con algun mas regocijo
á las fiestas, que venís
á cumplir con vuestro oficio:
pero antes es aprender
á matar los enemigos.

Dunang, tú con ese tercio
dá en ese lado principio
al repaso, que yo aquí
con el otro haré lo mismo.

Oficial. Ya os obedezco: Venid.

Dividen los Soldados, y unos en la derecha mandados por el Oficial, y otros en la izquierda por Carlos, principiarán á hacer el exercicio.

Carl. Atencion: porque imagino
que os quedareis sin saber
lo que no lleveis sabido
esta mañana: y si en ella
nos asalta Federico,
por Dios que habrá de morir
el que no aprenda conmigo
á defenderse. *Presenten
las armas.* Bueno: El pie fijo,
aunque venga un chaparron
de balas de veinte y cinco.
Carguen: Con mas brevedad;
porque en eso ha consistido
siempre el matar ó ser muertos,
y de nada ha de serviros
el que hayais cargado, quando
os descargue el enemigo.
Apunten: *Fuego*: Cuidado
que yo soy, Soldados mios,
vuestro contrario. Despues
de la descarga os envisto
con espada en mano; á ver

co-

como salís del peligro.

Habrán executado quanto han pedido los versos, y al llegar á este, todos echan mano de las espadas y envisten á Carlos.

Bueno: vive Dios que os luce
mi doctrina: recio hijos,
pues mataré al que afloxare.

Oficial. Tened: tened. *á los Soldados.*

Carl. ¡Buen capricho!
déxales, que si se ensayan
á resistir hoy mi brio,
poco cuidado por cierto
les dará el del enemigo.

Sale Duker. Gran Señor.

Carl. ¿Qué traes, Duker?

Duker. El soberbio Federico
segunda vez quiere hablaros.

Carl. Y bien, ¿por qué no ha venido?

Duker. Conmigo vino, y ya llega
al oir vuestro permiso. *vase.*

Sale Guill. ¡Ah loco amor, qué no emprendo
por aliviar tu martirio! *ap.*
Segunda vez á tus ojos
me trae, Carlos altivo,
la compasion que te tengo
á brindarte::-

Carl. No, harto has dicho,
Prusiano, para que vuelvas
sin que yo acabe de oirlo.
Pero porque no te quexes
que sin respuesta te has ido,

yo te la daré, á lo poco
que aquí por fuerza te he oido.

Guill. Ya la espero.

Carl. Porque veas
quan poco ó nada te estimo
esa compasion, y quanto
es el temor de los mios
y su afliccion::- pero escucha
aquellos ecos festivos, *suenan ins-*
y ellos mismos te dirán *trumentos.*
todo lo que yo no digo.

Todos los Soldados formarán una fila al frente: Guillermo se retira á un lado, y vuelve á salir por la derecha la comitiva, con el mismo orden que antes: Guillermo hace extremos de cólera al descubrir la carroza, y los Soldados presentan el arma hasta que con la conclusion del 4.º vuelven á entrarse por la izquierda.

Música. En vano estorvar intenta
Marte las dichas de amor:
que la fiereza no tiene
imperio sobre su harpon.

Guill. Furores ¿qué es lo que escucho?
cólera ¿qué es lo que miro?
¿Unido el Príncipe á Ulrica
y burlado mi cariño?
Vive Dios, que poco tiempo
ha de gozar él tranquílo
su hermosura.

Carl. Ya, Prusiano,

creo

creo que estás respondido.

Guill. Sí, sí lo estoy; pero sabe
que es tal, tanto y tan activo
el fuego, que la respuesta
en mi alma ha introducido,
que creo que él solo baste
á consumir de improviso
de esta Ciudad miserable
los soberbios edificios.

Hace Carlos una seña, se unen los Soldados y parten con él.

Tiemblen, tiemblen de mi furia
los corazones indignos
que la habitan; pues aun antes
que salga el sol puro y limpio
han de llorar en estragos
quanto me ofenden festivos.
Conozca esa injusta fiera
quan mal de ofenderme hizo:
y que si amante contuve
la cólera de enemigo,
celoso suelto las riendas
al corage que reprimo. *vase.*

Telon de selva, y salen Goerts, Carlos y Colvert.

Carl. Parte, Baron, y á Duker
encarga lo que te he dicho
con prontitud, pues en ella
el conseguir mi artificio
estriva.

Goerts. Voy, gran Señor,

aun-

aunque no apruebo el designio. *vase.*

Carl. Tú, Monsieur; puesto que tienes
licencia de Federico,
para salir de la Plaza
con tu equipage, imagino
que puedes hacerlo ya
si quisieres volver vivo
á París: pero si no
puedes quedarte conmigo.

Colvert. ¡Con qué pena, gran Señor,
os dexo en este peligro.

Carl. Haces muy mal de afligirte
por lo que yo no me aflijo. *Sale el Princ.*
Príncipe, ¿habeis ya acabado
los cumplimientos precisos?

Princ. Sí, gran Señor, ya sin susto
dueño absoluto me miro
de lo que amaba.

Carl. Pues ven
á serlo del enemigo.

Princ. Sí iré, y vereis con qué esfuerzo
lidian los favorecidos.

Carl. Cuenta, que por si es que os matan
ya tiene Ulrica marido
á prevencion.

Princ ¿Quién es?

Carl. Yo;
venios, Colvert, conmigo.

Princ. Inmortal seré si á Ulrica
llevo hoy en el pecho mio. *vanse.*

Levántase el telon, y aparece todo el fren-
te

te ocupado por la Ciudad de Stralsundo, con elevados muros, y un portillo al lado izquierdo de ellos. Al son de trompas y caxas salen Guillermo, Vakerbat, Kepel, y Soldados Prusianos y Daneses.

Guill. Soldados esta es la hora
de eternizar atrevidos
nuestra fama: no se diga
que Guillermo Federico
sitió á Stralsundo, y volvió
á levantarla hoy el sitio.
Arrimad esas escalas,
y desde este instante mismo
será dueño de la Plaza
el primero que atrevido
pise su muro: y aquel
que me presentase vivo
ó muerto al Príncipe de Hese,
ó á Carlos, de mis dominios
le ofrezco el mejor estado.
Hágaos hoy, Prusianos mios,
osados el premio; ya
que el clima fuertes os hizo.
Pero advertid que ninguno
otorgue compadecido
la vida al contrario. Sola
la inhumanidad, amigos,
reyne en nuestros pechos hasta
que la sangre que hoy impíos
vertamos logre apagar
los furores que respiro.

Vakerb.

Vakerb. Ni un centinela, Señor,
en las murallas diviso.
Guill. Nada importa.
Vakerb. Pues, Soldados,
al muro, y tiemble el castigo
mas severo el que cobarde
no siga los pasos mios.

Ponen las escalas, y suben Guillermo, Vakerbat, Kepel, y todos los Daneses.

Guill. Aunque estraño ver la Plaza
indefensa, no desisto.

Acaban de subir, y salen por el portillo Carlos, el Príncipe, Goerts, Duker, el Oficial, Cloarda, Ulrica, Soldados Suecos, y las mugeres que pudieren.

Carl. Haceis bien, pues de ese modo
vendré yo á poner el sitio
al Sitiador.
Guill. ¡Ah, cobarde,
que burlaste mis designios!
Pero no importa: Soldados,
seguidme apriesa.
Carl. El portillo
defenderemos nosotros, *al Príncipe.*
entretanto que atrevidos
vosotros os haceis dueños *á Duker y Goerts.*
de todo el campo enemigo.
Goerts y Duker. A quién no pasma el mirar
su intrepidez y artificio.

Parten los dos, Ulrica, Damas, y algunos Soldados por la derecha: Carlos, y el Prínci-

ci-

cipe con el resto se ponen en defensa del portillo.

Carl. Soldados, nadie abandone
cobardemente aquel sitio
que ahora tiene, ó por Dios santo
que muera al punto á estos filos.

Salen de tropel por el portillo, cargando á los Suecos, Guillermo, y todos los suyos. Forman alguna evolucion con estos versos hasta que retirán á los Suecos.

Carl. Ahora, hijos, halle su astucia
en nosotros el castigo.

Carl. No hay que retirarnos, Suecos.

Guill. Solo les queda ese arbitrio
para no morir.

Carl. Así
verás que te desmentimos.

Guill. Sí hicierais, como no hallarais
tal resistencia en los mios.

Vakerb. Perseguidle, no les valga
la retirada de asilo.

Ahora sale Goerts, Duker y Soldados, que envisten á Vakerbat, y algunos Saxones lidiando con ellos, mientras Guill. y Kepel retiran á Carlos y al Príncipe por la izquierda.

Goerts. Amigos, á socorrerles.

Vakerb. No dexarán nuestros brios
por eso.

Goerts. De esta manera
lo sabremos: á ellos, hijos.

Retiran Goerts y Duker á Vakerbat y Saxones

nes por la derecha, y salen por la izquierda Kepel y Soldados acuchillando á Carlos.

Carl. En vano aspirais, canalla,
á llevarme preso, y vivo,
pues mientras vibre este rayo,
¿cómo habeis de conseguirlo?

Kepel. Así.

Carl. Sois pocos.

Sale el Príncipe por la derecha, y les enviste.

Prínc. Cobardes,
¿á uno tantos? ¡mas qué miro!
haceis bien, que su valor
vale por el de infinitos.
Retiraos, gran Señor,
mientras que yo los castigo.

Carl. En muriendo te lo ofrezco.

Prínc. Advertid que estais herido,
y peligra vuestra vida.

Sale Goerts por la derecha.

Goerts. ¿Qué escucho? ¡el Rey en peligro!

Prínc. No habeis de lidiar.

Carl. Aparta,
ó vive Dios que yo mismo
me mate.

Cógele Goerts, y le lleva por fuerza por la derecha.

Goerts. Así estorvo yo
que vos podais conseguirlo.

Carl. ¿Qué haces, Goerts?

Goerts. ¿Qué? salvar
la vida que mas estimo.

Carl.

Carl. Por Dios que te ha de costar
bien caro este beneficio. *entranse.*
Kepel. Sigámosle.
Princ. Guarda el paso.
Villanos, mi heroyco brio;
pero ¡ ay de mí ! *cae.*
Kepel. Muera.
Va á herirle, y salen Guillermo y Saxones, y le detienen.
Guill. Tente,
no le mates: ¿ mas qué miro?
El Principe es: levantadle,
que aunque entre mis enemigos
es el mayor, pues aun tiempo
me ofende por mil motivos,
no ha de poder aquí el odio
y rencor mas que yo mismo.
Vida y libertad confieso
que á su valor he debido,
y con vida y libertad
le pago aquí el beneficio.
Libre estais, que no has de ser
mas noble que Federico.
Vete, que pues ya pagué
lo que debia, en peligro
está tu vida, si acaso
te halla mi venganza á tiro.
Princ. Yo me alegro de encontrar
tan heroycos enemigos. *vase.*
Guill. Vosotros, infatigables,
seguid desde ahora conmigo

el

el alcance á Carlos, pues
si prenderle no consigo,
en nada podré decir
que tengo, aprecio, ni estimo
la conquista de Stralsundo,
cuyos sucesos no vistos
tendrán mejor fin si logran
Todos. El indulto que pedimos.

F I N.